



PERIÓDICO DECENAL PARA LOS NIÑOS.

Año III.

Director: D. Roberto Tranzo Palavicino.

Núm. 4.º

Valencia 10 de Junio de 1873.

IR POR LANA...

CUENTO.

II.

En el bosque.

Tenemos á *Rabotin* saltando por entre las matas y apoyándose muchas veces con su nudoso palo y con éste al hombro otras, en busca del afamado médico ratonil llamado *Cataplasma*, íntimo amigo de su familia. Este buen señor apreciaba á la viuda é hijos de su amigo entrañablemente desde sus primeros años, en cuya época conoció á *Orejitas* viajando por el país de las *Ardillas*.

El buen *Rabotin* iba, como ya hemos dicho, ligero y cantando una canción popular, cuando dióle en la nariz un olor para él de los mas gratos; no muy lejos del sitio en que se hallaba habia un frondoso

nogal, cuyo fruto estaba por el suelo, gracias al vendabal que habia reinado dos dias antes. Oler las nueces, detenerse, orientarse y dirigirse al sitio en que aquellas se encontraban, fué obra de un momento. *Rabotin*, llevado por la golosina, olvidó á su madre, olvidó las prudentes prevenciones que aquella le hiciera y sobre todo se olvidó de sí mismo. ¡Infeliz, no sabia que tras de la culpa está el castigo! La desobediencia de los hijos tarde ó temprano se paga, y el jóven ratoncillo estaba amenazado de muerte.

Detrás del corpulento tronco del nogal se ocultaba un terrible personaje, el célebre y terrible *Zampa-ratones*, que con la mano puesta sobre la empuñadura de su tajante espada, solo esperaba el momento de lanzarse sobre el incauto jóven. Si lograba apor-



rarse de él ¡pobre *Rabotin*! su muerte era segura.

Antes de referir el sangriento drama que en breve vá á verificarse, diremos cuatro palabras acerca de tan temible gato; con estos lijeros apuntes biográficos vendrán nuestros lectores en conocimiento de quién era el famoso bandolero.

III.

Otra víctima.

Zampa-ratones habia nacido, como vulgarmente se dice, en buenos pañales, pues era nada menos que hijo de la gata de una gran señora y del gato de un almirante marqués; su alcurnia era preclara, su abolengo ilustre; pero *Zampa-ratones* tuvo descuidada su educacion, y así que fué crecidito abandonó los mullidos almohadones, dejó de pisar las aterciopeladas alfombras y se lanzó al campo en busca de aventuras en union de otros jóvenes gatos tan calaveras como él.

El carácter de *Zampa-ratones* no era para sufrir ni la mas pequeña chanzoneta de sus compañeros; uno de estos hubo de gastarle una lijera broma, y de palabra en palabra á cual mas agrias vinieron á las uñas, tiraron de las espadas, y el joven gato pasó de parte á parte á su adversario. Con la espada en la mano teñida con la sangre aun humeante de su ri-

val, partió á la carrera del sitio en que tuvo lugar el lance para esquivar la persecucion de la justicia. Esta señora estaba representada por el anciano *Micifu* que inflexible en aplicar la ley delincuente, hubiera ahorcado sin escrúpulo alguno á *Zampa-ratones*, que habia faltado á una reglamenta pragmática por la que prohibian los duelos.

Sí, amigos míos, el duelo es un acto que hasta entre los gatos está anatematizado, y solo Dios es quien dá la vida á los seres es el que tiene derecho á quitarla.

Fuera de la ley *Zampa-ratones*, se proporcionó unas armas propias de la vida de bandolero que desde entonces iba á seguir y se hizo un temible gato de las selvas; para él lo mismo eran enemigos los gatos que los ratones, unos y á otros inmolaba. Cometió todo género de atrocidades, muy en breve éstas le dieron triste celebridad que tenia.

Sabiendo ya quien es el personaje que acechaba al joven ratoncillo, volvamos á ocuparnos de él.

Rabotin comenzó con sus afanes dienteitos á cascar y comió nueces; cuando ya estaba bien comido, presentóse ante él el bandolero.

Verlo y quedar su sangre helada, no sabemos que fué más pronto, si una cosa ú otra. Y la verdad, la presencia de *Zam*

a-ratones infundia pavor á otro
as animoso que *Rabotin*. El ga-
uno bandido vestia colete de ante,
regüescos con cuchilladas, botas
le gamuza hasta mas arriba de la
odilla, é iba armado hasta los
lientes, llevando en la mano un
filado sable y en el cinto un enor-
ne puñal.

—¡Hola, caballerito! ¿qué se hace
por aquí, á dónde se camina?

Rabotin, que no podia contes-
tar de miedo, por fin le dijo:

—Estoy descansando un mo-
mento y voy á buscar al médico
Cataplasma porque mamá está un
poco enferma.

—¡*Cataplasma*! pues es íntimo
amigo mio, precisamente he de
consultarle sobre una dolencia que
hace dias me aqueja; figúrate,
hijo mio, que me duele la uña
primera de la pata derecha y quie-
ro que me dé alguna medicina:
sigamos el camino que me ofrez-
co acompañarte.

Rabotin, algo tranquilo, en
vista de las cariñosas palabras del
gato, solo pudo contestar balbu-
ceando:

—Gracias, mil gracias; yo he
de ir tambien á la botica.

—Sígueme, le dijo *Zampa ra-
tones* y déjate de gracias.

Rabotin obedeció, mas apenas
anduvo tres pasos acompañado
del gato, cuando éste tentándole
la gula le entraran ganas de co-
merse inmediatamente al ratonci-

llo; tiró del sable, volvióse hácia
él y cogiéndolo por el cuello le
dijo:

—¿A buscar al médico, eh? Vas
á morir.

Rabotin se arrodilló, suplicó,
derramó lágrimas en abundancia,
mas todo fué en vano, el impla-
cable gato cercenó su garganta
con el filo del sable, y poco des-
pues se engullia al pobre raton-
cillo.

Comido que fué, el bapdolero
quedóse algunos momentos me-
ditando. ¿Qué pensamiento dia-
bólico cruzó por su mente?

No lo sabemos, lo único que
por ahora nos es permitido decir,
que partió á la carrera hácia una
cabaña que se divisaba no lejos
de allí.

Roberto Iranzo Palavicino.

(Se continuará.)

CONSEJOS.

A mi querido sobrinito Miguel Bellot.

I.

Amarás á tus padres
y á tus mayores,
y no les des disgustos
ni desazones.

Y de este modo
lograrás ser querido
siempre de todos.

II.

No seas altanero
ni pretencioso,
ni mucho menos fátuo,
que eso es de locos.
Vé que los niños
que de esto adolecen,
no son queridos.

III.

Te encargo que al maestro
mucho le aprecies,
y sus sábias lecciones
las aproveches.
Y con el tiempo
recojerás el fruto
de este consejo.

IV.

En la mesa procura
no ser molesto,
ni comas afanado
que eso es muy feo.
Y sí muy propio
de niños mal criados,
necios ó tontos.

V.

Sé atento y bien hablado,
sé comedido,
se afable y humilde,
sé muy sumiso.
Sigue esta senda,
y verás, Miguelito,
cuánto te aprecian.

Gervasio Aracil.

EL TONEL.

LEYENDITA,

I.

Santiago era un tonelero, que habitaba, si nuestra memoria no nos es infiel, en un pueblecito de la costa del Mediterráneo en la industriosa Cataluña. El había logrado con su trabajo hacer un buen capital, pero esto no le impedía ser el primero en trabajar en la construcción de toneles frente de sus trabajadores. Esta gran actividad no respondía á otro móvil que á sus deseos de acumular caudales, porque Santiago era muy avaro, creyéndose siempre un miserable.

Un día que estaba concluyendo un tonel á la puerta de su taller, se acercó á él una mujer, jóven aun, pero que en su rostro llevaba impreso el sello del sufrimiento. El deterioro de su traje, sus pies descalzos indicaban que la pobre mujer necesitaba de la caridad para atender á su subsistencia. Dirigióse humildemente al tonelero, y le dijo:

—Buen hombre, tenga V. compasión de esta pobre que vá de camino; denme V. siquiera un jarro de agua para apagar la sed que me devora.

—El río no está lejos, le contestó con acritud el tonelero; no faltaba mas que abandonase mi martillo para refrescar la garganta de una miserable.

—Si vos no, podeis hacer que uno de vuestros trabajadores me la dé.

—Se abstendrán de hacerlo; si te das de beber, y se sabe entre los vagamundos, ya estoy aviado: mañana se dirá «el tonelero Santiago dá agua y hasta comida gratis,» y mi casa se convertirá en una hostería. Márchate, sigas ó no tu camino, y déjame en paz.

La desgraciada jóven iba á volver espalda á aquel hombre de corazón de roca, pero detúvose un instante para decirle:

—Quiera Dios que algun día no pueda V. llenar del líquido que hoy me niega



—¿A buscar al médico, eh? vas á morir. (Lám. 4.ª)





el último tonel que salga de sus manos.

Y desapareció sin que jamás volviera á verse por aquel pueblo.

II.

Trascurrieron bastantes años y Santiago, que vió aumentados estraordinariamente sus caudales y concluido de educar á sus hijos, ya anciano determinó con pesar abandonar el trabajo, dejando á aquellos la direccion de su taller. Entonces se creyó el hombre mas feliz de la tierra; querido de su anciana esposa, respetado por su familia y rico, ¿qué mas podia desear? Nada absolutamente.

Mas para que no fuese completa su dicha, poco á poco murieron sus hijos, quedándose solo con el menor, que ante sus ojos era el menos querido, por la razon de que éste tenia poca aficion al trabajo; pero era hijo, y como á tal le queria entrañablemente, y esta circunstancia hizo que siempre temblase por la vida de aquel.

Por entonces se presentó en el pueblo una enfermedad desconocida; era el cólera, que en breves dias diezmo las poblaciones.

Todo el vecindario se proveyó de medicinas para preservarse de la terrible enfermedad, pero ninguno la combatia; solo un remedio fué eficaz y dió admirables resultados, el agua de una fuente que en la montaña vecina brotaba entre las peñas. Los que la bebían, curaban milagrosamente.

A la familia de Santiago llegó la visita del terrible huésped. Su mujer y su único hijo fueron atacados. Entonces comprendió el atribulado tonelero que nada ni aun con sus riquezas evitaria los estragos del mal; recurrió empero á agotar toda clase de recursos: la ciencia representada por los mas hábiles facultativos del pueblo se negó á contrarrestar los estragos del mal, y entonces Santiago, que era incrédulo tambien, pensó en proveerse de aquella agua, de que tanto se hablaba; pero ya era tarde, su esposa é hijo acababan de espirar.

El cólera implacable comenzó á apoderarse del tonelero, y entonces febril, con el corazon hecho pedazos, tomó un pequeño tonel que le vino á la mano, y con él sobre el hombro comenzó á correr en direccion á la fuente.

III.

No tardó en llegar: el manantial arrojaba una agua cristalina que convidaba á beber.

Santiago se incorporó para arrojar-se de bruces sobre el agua, pero no pudo. Su cuerpo se negó á doblarse, solo pudo verificarlo cuando sumergió el tonel dentro del charco.

Y trascurrió un minuto, luego otro y otro, y el tonel siempre vacío y seco: el agua se resistia á penetrar, y la sed le devoraba.

Entonces se acordó de que aquel tonel fué el último que habia construido.

Y entonces tambien tuvo un recuerdo para la pobre mendiga.

Santiago se arrodilló y comenzó á orar.

—¡Dios mio! decia, ¡cuánto os ofendí; perdonadme! ¡Recibidme á vuestra gracia, y yo os ofrezco los dias que me restan de vida, ser caritativo para con los pobres!

Y una lágrima, la del arrepentimiento, comenzó á brotar de sus ojos.

Está lágrima, con gran sorpresa suya, habia llenado el tonel.

IV.

El pobre Santiago curó de la terrible enfermedad, y desde aquel dia sus cuantiosas riquezas destinólas á los pobres. Fundó un hospital y un asilo de beneficencia, muriendo poco despues bendecido por todos.

Roberto Iranzo Palavicino.

LA VIOLETA.

Fábula.

Con rubor alzó en la umbría
La violeta su corola,
Y una purpúrea amapola
La burló con osadía,

Pero el cefrillo fiel,
Que siempre á la viola amó,
La amapola deshojó
Que era gala del verjel,

Y cuando mustia al morir
Por sus besos deshojada,
Le dirigió su mirada,
Le oyó al céfiro decir:

Reina te proclamé ayer,
Mas el orgullo en tí ríe,
*Y el que en el poder se engríe,
Es indigno del poder.*

Juan B. Pastor Aicart

EL CALZADO.

Federico, que era un niño aplicado y ganoso de ilustrarse, salió una hermosa tarde de estío á pasearse con su papá por los alrededores del pueblecito en donde estaban veraneando. Sucedió aquella tarde que encontraron á un pobrecito niño, que venia de espigar con los pies descalzos, circunstancia esta última que llamó la atencion del juicioso Federico.

—Qué pena siento, papá mio, de ver descalzo á ese pobre niño; voy á llamarle, y con permiso de V. regalarle unas botitas que tengo en casa, y que me sobran por cierto.

—Concedido todo, querido mio; yo no quiero ni debo oponerme á que hagas una obra de caridad socorriendo con tu calzado al pobre.

—¡Gracias, papá mio, gracias! Y á propósito del calzado; ¿en qué época comenzó á usar? Porque al principio de la creacion irian los hombres descalzos.

—Es de suponer que algun tiempo anduvieron descalzos; pero corriendo los años ya se vé á los egipcios usar el *pápirus* como primera materia para el calzado; los primitivos españoles usaron el esparto.

—Esta clase de calzado aun se usa, y por cierto que debe haberse perfeccionado poco, dijo Federico interrumpiendo á su papá.

—Efectivamente tienes razon, hijo mio; las *alborgas* que usan nuestros labradores se parecen mucho á las antiguas sandalias.

Pero reanudando mi conversacion te diré, que los indios y los chinos usaron el junco como primera materia para el calzado.

—Poco gastarían en el zapatero.

—Nada, por que ellos mismos se lo confeccionaban; mas no creas que siempre fué nulo su coste; los emperadores romanos usaron la seda roja ó el lino blanco bordado en piedras preciosas como señal distintiva de su elevada categoria.

—¿Y los nobles, y el pueblo, cómo lo usaban?

—Los senadores se distinguían por llevar en el calzado una *C*, que indicaba su descendencia de los cien senadores, *centum patres*, instituidos por Rómulo. Los hombres del pueblo llevaban el calzado negro y las mujeres blanco.

Entre el calzado antiguo se distinguía el *borcequí* y el *coturno*, ambos inventados por Esguilo: esta clase de calzado se usaba en el teatro para dar mas dignidad á los actores. El primero servia para el género cómico y el segundo para el trágico.

El calzado de los antiguos franceses era dorado y con galgas para sujetarlo á la pierna: era una especie de *sanda-*

lia. En la época de Felipe el Hermoso se adoptó en Francia un calzado, que en breve tiempo se extendió por Europa, y se llamó *zapatos de polaina* por su inventor, que se llamaba Poulain. Estaba terminado en punta mas ó menos larga segun la categoría de las personas; dos pies para los principales y grandes señores, un pie para los labradores ricos y medio pie para el pueblo.

—Bonitos estarían, dijo Federico, ¿verdad, papá?

—No lo creas, hijo mio; en aquel tiempo parecerían bien, así como de aquí á veinte años parecerán ridículos los trajes que hoy usamos.

—Pero aquella forma les haría el pie muy largo, dijo Enrique.

—Ya lo creo, y de tal uso vino la frase vulgar de *entrar en buen pie* en alguna parte.

—Y los tacones ¿á quién se le ocurrió añadirlos á los zapatos?

—Los inventó Augusto, segun se dice, para suplir su pequeña estatura; estuvieron muy en boga, y las que mas exageradamente los usaron fué las señoras venecianas.

—¿Y las botas y botines hace mucho tiempo que empezaron á usarse?

—No se sabe con certeza la época, solo que los últimos se empleaban ya en la guerra. En cuanto á las demás variedades que el calzado ha sufrido en los tiempos modernos, nada fijo puede decirse, porque han estado sujetas á los mil caprichos de la moda.

Cuando llegaron á este punto de la conversacion, entraban en su casa ambos complacidos, el padre por tener un hijo que deseaba siempre instruirse, y el hijo porque en aquella tarde tenía una noticia histórica del calzado que preservaba sus pies.

Al siguiente día se presentó el niño á quien Federico ofreció las botas, el cual se marchó con ellas puestas y con una buena limosna.

Alonso Perez Ergiva.

FLORES DEL BOSQUE.

Flores del bosque que naceis al pie de la frondosa encina, cuyas ramas ocultan á la fuente solitaria; yo gozo en veros suspendidas como estrellas perfumadas que se miran en el cristal de las aguas.

Yo gozo en veros por la mañana, cuando el sol os busca en medio del musgo, agrupar en rojos festones, y desarrollar ligeras vuestro espiral en torno del ramo que mece el soplo del blando céfiro.

Rosados agavanzos, madreselvas trepadoras, ninguna mano os cultiva, floreciendo sin arte, á la vista de Dios, en el gran jardin de la naturaleza. Un pincel invisible colora vuestros pétalos; el alba os baña con su rocío; un rayo de sol os enjuga, y abris vuestras flores.

Corolas puras, suaves cálices de las flores del bosque, vosotras exhalais el aroma que la brisa lleva á las regiones del cielo, como para dar gracias al Autor de vuestro sér.

Estos ténues suspiros, esas voces misteriosas apenas perceptibles, ¿no son, por ventura, la espresion secreta de vuestro homenaje al Criador de todas las cosas?

Si; estoy seguro que me ayudais á bendecirle.

Flores del bosque, yo os amo, porque tambien vosotras sabeis orar.

O. C.

CANTO DEL RUISEÑOR.

*Para ti sus flores
Cria el mes de Abril;
Su hermosura es toda,
Toda para ti.*

Cual blancas palomas
Que el aire sutil
Rompiendo, á posarse
Corren al jardin,
Cien niños dirigen
Con dulce sonrisa
Al pie de tus aras

El paso infantil.
Guirnalda te ofrecen
De rosa y jazmín,
Cantares que el cielo
Se goza en oír.
¡Oh cómo las ansias
Del mundo infeliz,
En gloria trocadas,
Disipanse allí!

*Para tí sus flores
Cria el mes de Abril;
Su hermosura es toda,
Toda para tí.*

C. Coll y Vehí.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

EL DESTIERRO DEL CID.

Allá por el siglo IX reinaba en Castilla D. Alfonso VI el Bravo, y ocupábase como buen rey cristiano en limpiar á España de moros, ayudándole en esta patriótica empresa el célebre Rodrigo Díaz de Vivar, llamado por amigos y enemigos el Cid Campeador.

Díaz de Vivar había por entonces adquirido ya una gran reputación militar, razón por la que algunos envidiosos, que nunca han faltado en todos tiempos, le malquistasen con el rey, amenguando ante los ojos del monarca las proezas que llevaba á cabo el adalid castellano.

El Cid, despreciando á sus detractores, no perdía ocasión por añadir nuevos lauros á la corona de Castilla, y donde quiera que había una media luna, allí se presentaba á combatirla. En su ardor por pelear penetró en tierra de Toledo sin el permiso de D. Alfonso, y este justo al par que bondadoso, sujetó á su adalid á un consejo de ricos-hombres, para que juzgasen la pena á que se había hecho acreedor por su desobediencia.

Este consejo convino en que el Cid Campeador fuese desterrado, dándole nueve días de plazo para cumplir su condena.

Sumiso á aquel destierro que le im-

pusiera su rey, partió del real con su gente de armas, y en breves días de victoria en victoria logró enviar á Don Alfonso como presente, «treinta caballos escogidos, otros tantos alfanjes fiados de los arzones y treinta cautivos moros que, ricamente ataviados, los llevaban del diestro.» (1)

Levantóle agradecido D. Alfonso el destierro, considerándole despues como al mas leal de sus vasallos. El Cid obtuvo tantas victorias, que aun las ganó despues de muerto con solo presentar su yerto cadáver á los moros. Es una de las glorias de nuestra hermosa nación.

Alonso Perez Ergiva

VARIEDADES.

ENIGMA HISTORICO. (2)

Nací en regio alcázar; un antiguo idioma me fué familiar; distinguíme por mis costumbres ejemplares; conquisté un reino; el pendon de mi patria lo clavé en ambos hemisferios. Tres hijos tuve, de los cuales uno de mi sexo, falto de razón; por último sorprendíome la muerte en una antigua ciudad de Castilla la Vieja. Las generaciones que me sucedieron me apellidaron con un dictado que honra á todo español.

Solucion al acertijo inserto en el número anterior.

Las despaviladeras.

Solo lo han acertado los niños suscritores de *Valencia* D. Antonio Ruiz y D. Emilio Vidal.

(1) Mariana: Historia de España.

(2) Al que descubre cinco se le regalará una bonita estampa cromó-litográfica.

Con aprobacion de la autoridad eclesiástica.
La suscripcion está recomendada al profesorado de ambos sexos por la Junta provincial de primera enseñanza.

IMPRENTA DE JOSÉ M. AYOLDI, SALINAS, 16.